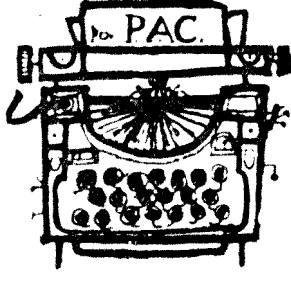


escrito a máquina

**Revolución:
no en la cama
sino en la calle**



Una verdadera tempestad ha desencadenado en el mundo occidental y capitalista la encíclica última de Pablo VI sobre "La Regulación de la Natalidad". Algunos excitables teólogos casuistas parecen haber perdido la cabeza, pero sobre todo las grandes fuerzas medulares de la riqueza mundial y del imperialismo se han lanzado al ataque. Casi todos sin embargo, lo que han hecho es volar a ras del problema. En cambio Pablo VI aborda el delicado tema desde una altura sobrecogedora. Va a lo esencial humano y desde allí su mirada sobrepasa el presente. Pablo VI habla desde el hombre futuro:

"Al defender la moral conyugal en su integridad, la Iglesia sabe que CONTRIBUYE A LA INSTAURACION DE UNA CIVILIZACION VERDADERAMENTE HUMANA; ella compromete al hombre a no abdicar la propia responsabilidad para someterse a los medios técnicos".

La actitud del Papa —ciertamente— no es la de un conservador sino, al contrario, la de un progresista: salta con osadía sobre los términos más decadentes y siniestros de nuestro tiempo hacia un mañana distinto, nuevo y con una fe plena en el hombre. Hacia una nueva "civilización verdaderamente humana".

No todos se han fijado en ello. Pablo VI más que prohibir la regulación artificial de la natalidad, lo que trata es de impedir que el cristiano —o mejor dicho, que el hombre actual— deje de ser hombre para ser un ROBOT. El hombrecito sumergido en la egoísta civilización burguesa sólo ve su angustioso problema. No ve más que su pequeño e inmediato problema doméstico y pide su píldora. Pablo VI mira al hombre integral (cuando se toca el misterio del hombre, nunca se sabe hasta dónde llegarán las repercusiones de una violencia hecha a su naturaleza y a su alma); mira la flaqueza humana ("consideren, antes que nada, el camino fácil y amplio que los anticonceptivos abrían a la infidelidad conyugal y a la degradación general de la moralidad..."), mira la ferocidad del Poder ("reflexiónese también sobre el arma peligrosa que de este modo se llegaría a poner en las manos de Autoridades Públicas despreocupadas de las exigencias morales. ¿Quién podría reprochar a un Gobierno el aplicar a la solución de los problemas de la colectividad lo que hubiera sido reconocido lícito a los cónyuges para la solución de un problema familiar? ¿Quién impediría a los gobernantes favorecer y hasta imponer a sus pueblos, si lo consideran necesario, el método anticonceptivo que ellos juzgaren más eficaz?"); en fin, Pablo VI mira todo el vasto horizonte de lo humano, pero advirtiendo el vértigo de una Civilización que se hunde por sus propios errores y egoísmos, se lanza a rescatar al hombre, a rescatarlo no a medias sino con toda su vitalidad creadora para que sea capaz de edificar ese tiempo nuevo de una civilización "verdaderamente humana".

La Civilización burguesa grita desde el extremo de todas sus agencias cablegráficas: ¡Superpoblación! ¡Subdesarrollo! ¡No es rentable un hogar proletario! ¡Se hunde nuestro mundo de confort con la prole numerosa! ¡Desciende el tenor de vida! ¡Así no se puede salir del subdesarrollo! (El Papa lo había vaticinado: "Se puede prever —dice en su encíclica— que estas enseñanzas no serán fácilmente aceptadas por todos: son demasiadas las voces —ampliadas por los modernos medios de propaganda— que están en contraste con la de la Iglesia"). Y tiene razón el mundo burgués de Occidente. Con las estructuras actuales el aumento humano es la catástrofe. Con el egoísmo y la explotación actuales la explosión demográfica de los países subdesarrollados hecha al suelo todo el hipócrita tinglado del imperialismo. ¡Es necesario impedir que el hombre se reproduzca! Hoy la solución es el control; mañana, cuando las cifras prosigan multiplicándose, la solución será la castración. Unos pocos privilegiados serán los encargados —en el futuro— de reproducir al hombre: lo demás de la humanidad será una gran masa estéril y gris. ¡Ese es el "Mundo Feliz" del futuro ideado por la Civilización burguesa!

Lo que Pablo VI quiere detener es esa **MARCHA VOLUNTARIA HACIA LA MUERTE** que ha emprendido el egoísmo humano. Pablo VI quiere salvar el humanismo cristiano y sus posibilidades creadoras: su encíclica sobre la Regulación de la Natalidad es el lógico complemento de su revolucionaria encíclica "Populorum Progressio". La solución no es castrar lo humano (reducir las bocas para que no haya hambre), sino reducir el egoísmo y la injusticia para que las riquezas se repartan con equidad entre los hombres. No es la revolución de la esterilidad la que nos ha de salvar, sino la revolución creadora que, respetando la dignidad del hombre, cambie para él las estructuras de este mundo explotado por clases y países ricos.

No nos extrañe, pues, que en el otro extremo, el **Comunismo** —que también alienta una visión optimista del hombre y que quiere, como

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

el Cristianismo, levantar una nueva Civilización "verdaderamente humana" —condene el "birth control", por boca de Lenin, como una monstruosa "huelga de vientres". He aquí las palabras de Khrushchev en 1955:

"Nuestro país será tanto más fuerte cuanto más numerosa sea la población. Las ideologías burguesas han adoptado teorías de antropófagos, entre las cuales la teoría de la superpoblación. Se interrogan sobre la manera de reducir la natalidad, de reducir el crecimiento de la población. Entre nosotros, camaradas, el problema es completamente diverso. Si a los 200 millones que somos se añadieran 200 millones más, aún sería poco". (Discurso a los jóvenes soviéticos del 7 de febrero).

También en la India superpoblada, la más alta y venerable figura de este siglo :Mahatma Gandhi, concibió la solución del problema, no por la reducción de la natalidad ("el empleo de anticonceptivos —dijo— es una especie de masturbación entre dos") "que acabará por aniquilar física y moralmente la raza", sino por el Amor y la Justicia en la distribución de los bienes y de las oportunidades.

La Iglesia inició su vida histórica atravesando el amenazante páramo de la decadencia romana con el ideal del "hombre" evangélico en alto. No dejó que el pesimismo decadente entumiera su paso hacia el futuro (también entonces el mundo romano evitaba los hijos y multiplicaba los abortos) sino que proyectó su ímpetu hacia la creación de una Civilización nueva viviendo su altísimo ideal no sin tremendos sacrificios. De edad en edad la Iglesia ha transportado intacto, intocable ese sublime legado de la dignidad de la vida humana. No va a cambiar hoy su humanismo (lleno de potencialidad) por el ideal del "hombre sueco" —con su estupenda tasa de abortos legales— o del "hombre new-yorkino", o del "hombre hamburgués" —o del avanzadísimo "hombre japonés"— que en 1990 detendrá todo desarrollo demográfico —creando un mundo envejecido espiritualmente y con esclerosis prematura, un mundo de viejos y reverente de homosexualidad, lleno de clínicas esterilizadoras, y de mujeres neuróticas que han paralizado el más auténtico impulso de su naturaleza. Freud decía: "Lo que caracteriza todas las perversiones (de equilibrio) es que desconocen el fin esencial de la sexualidad: la procreación". ("Introducción al Psicoanálisis").

Nadie duda que la Iglesia exige —sobre todo en este momento del mundo— una conducta casi heroica en la vida sexual del cristiano casado. El ser cristiano nunca ha sido cosa fácil. Hemos sido llamados para ser signos y testigos (testigo en griego significa mártir) de unos valores que por su calidad suprema pesan. También en la alcoba el cristiano tiene que ser un guerrillero en defensa del sublime legado de Cristo. Pero estamos "contribuyendo a la instauración de una civilización verdaderamente humana". Nuestra misión es crear "el hombre nuevo". Por eso, en las dificultades que presenta tener prole en la situación actual —dificultades que revelan la injusticia medular de un sistema— no desviemos nuestra lucha. No hagamos la revolución en la cama sino en la calle. "Tales dificultades —dice Juan XXIII— no se superan con el recurso a métodos y medios que son indignos del hombre y cuya explicación está sólo en una concepción estrechamente materialística del hombre mismo y de su vida. La verdadera solución solamente se halla en el desarrollo económico y en el progreso social que respeten y promuevan los verdaderos valores humanos, individuales y sociales".

PABLO ANTONIO CUADRA